

de seguir sus impulsos, de rebelarse contra su clase. Será derrotado y en su derrota Fuentes ejemplifica la de toda su clase, que se vence a sí misma, por que es ella, en sí, la que no puede triunfar. Pero la historia de Ceballos —o de los Ceballos— es una historia maravillosa porque el autor ha sabido recrear claramente cada uno de sus elementos novelescos. Jaime Ceballos y cada uno de los personajes que lo rodean (Rodolfo su padre, Jorge Barcárcel, la tía Asunción, los dos curas, Juan Manuel Lorenzo) alcanzan categoría de caracteres completos, todos están realmente vivos, todos sufren, gozan, luchan o se resignan con una intensidad narrativa formidable. Cada una de las escenas elegidas por Fuentes, tanto para *formar* la sociedad en la que vivirá su héroe (evolución de los personajes paralela a los sucesos nacionales, datos de carácter, etc.) como para contar la historia de su infancia y adolescencia (soledad, solaridad, relación con el padre, nostalgia de la madre, conflictos

religiosos, descubrimiento del sexo, afán de redención, primera amistad, renuncia final, sumisión a su clase) están perfecta y valientemente desarrolladas y corresponden con absoluta exactitud a las necesidades de la trama. El ambiente se evoca con precisión dentro de una parquedad y justeza de medios definitiva, lo mismo que los personajes circunstanciales que contribuyen a afirmarlo. La solución es inobjetable, cada uno de los elementos de la acción, de las peculiaridades psicológicas de los personajes llevan inevitablemente hacia ella, y su forma cierra por completo el círculo de vida abierto por el novelista. Fuentes demuestra poseer una facultad de observación y un poder creativo justo, profundo y expresivo, de gran novelista.

Nada más resta señalar que sin lugar a duda, *Las buenas conciencias* es una novela a la que no vacilamos de calificar como una de las más importantes, bien logradas y significativas entre todas las publicadas en México.

LAS MEMORIAS DE SIMONE DE BEAUVOIR

Por Julieta CAMPOS

SOBRE LOS demás géneros literarios, las memorias —y, por supuesto, los diarios y la correspondencia— tienen un atractivo especial. Quizá porque se elimina la distancia que imprime necesariamente la elaboración artística. En las memorias, además, suele ser lo social más inmediato aun que en la novela. Allí están el individuo y su ambiente, en sus relaciones, sin haber pasado todavía esas experiencias por el proceso de selección y enriquecimiento que las integra en la obra concluida. El diario o su estudio superior, las memorias, son las catarsis del escritor, donde éste vuelca su conciencia de todos los días y, además un ejercicio casi imprescindible de disciplina intelectual. Si en la novela hay una especie de "antología de lo posible", en las memorias se transcribe lo irrevocable —el tiempo irreversible, la necesidad de lo sucedido. En las memorias, la realidad es inquestionable e insustituible.

El grado de interioridad y, en consecuencia, de proyección hacia el mundo varía de acuerdo con los matices de la psicología de cada época y del temperamento del autor. Sin duda, quien hace su propia biografía está creando un personaje para que, en lo sucesivo, los demás lo vean tal como él prefiere verse a sí mismo y dentro del escenario de su mundo —el de su tiempo— proyectado a su través. En una escritora tan poco aficionada a los subterfugios como Simone de Beauvoir, la garantía de autenticidad de "su" personaje parece satisfactoria. Al tono de confesión se une la intención de reconstruir el ambiente inmediato de la infancia —la familia y su medio— y el más amplio de la época, ya en la adolescencia. A la inversa de lo que podría esperarse, hay más "interioridad" en la creación de la infancia y la primera adolescencia que en la de la juventud—donde la sensibilidad pura se intelectualiza notablemente. Pero esta última parte tiene otro interés: el de ser un testimonio inteligente de las experiencias históricas en que se formó la generación de Sartre (n. 1905), precedida en pocos años por la de André Malraux (n. 1907).

La niñez de Simone transcurre entre el modesto ambiente familiar, no desprovisto de refinamientos y el "gran mundo", que se entreabre a veces para ella, gracias a remotas relaciones familiares. El padre —cuyo retrato es excelente— admira a Maurras, posee una más que mediana cultura y, como puede suceder con la pequeña burguesía que posee un apellido con partícula, cultiva los gustos aristocráticos. En él centra la niña su incipiente vida intelectual, estableciendo una aguda separación, desde siempre, con la esfera 'espiritual-religiosa', que representa la madre: los dos mundos son incommunicables. Una temprana y extraña angustia se templea con numerosas lecturas edificantes y una primera amistad llena de romántica devoción. La vida deja de ser la aventura de la niña que se encuentra a sí misma —"a los cinco años se es un individuo completo"— para transformarse en el drama del adolescente que, perdida la idea de Dios, descubre un día a la muerte. Sin la seguridad de los lazos burgueses, que empieza a rechazar críticamente, experimenta la soledad y un poco la *révolte*. Las primeras grandes lecturas: Gide, Valéry, Claudel, Mauriac, Proust. Los jóvenes leen la obra de una generación que siente que muy pocos de los valores que sostenían espiritualmente a la burguesía han quedado en pie después de la primera Guerra Mundial: algunos tratan de devolverle el alma que han perdido, mientras otros prefieren pregonar la sinceridad "hacia uno mismo" y la necesidad de conocer los estados del alma de cada cual, lo único que parece salir a flote en el naufragio de las verdades universales. Cuando Simone de Beauvoir sale de la adolescencia la gran influencia es Dostoievski. En 1921 decía Malraux en *Jennese européenne* que el "yo" no era sino "una infinidad de posibilidades". En 1925 se cultiva la "Inquietud" —con mayúscula— y empezaban a reinar, con el surrealismo, el subconciente y el absurdo. La angustia era, para muchos jóvenes, un efectivo problema interior: la existencia parecía vacía y gratuita. En 1928, la revista

Les Nouvelles Littéraires hacía una encuesta entre estudiantes. Jean-Paul Sartre hablaba en su respuesta, de la libertad, lo necesario y lo contingente, en términos que madurarían diez años después en la filosofía "existencialista". Por el momento, en un pequeño círculo de amigos, revelaba a los grandes filósofos, componía motetes sobre capítulos de Descartes y dibujaba en las paredes animales metafísicos: los demás eran Nizan, Henri Lefebvre, Politzer y Simone de Beauvoir.

Se ha escrito ya mucho sobre esta época que se prolonga por su problemática, cuando no por sus actitudes, en la muestra. Como testimonio directo, estas *Memorias* tienen, además del aliciente de un estilo lúcido y una penetrante sensibilidad, el valor de un documento viviente para la historia literaria de este siglo.

ALFONSO REYES, *La filosofía helenística*. Breviario N° 147. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 308 pp.

CUANDO escribía *El deslinde*, su obra capital, Reyes volvió con mayor énfasis a una aventura presente desde sus libros iniciales: el examen del mundo helenístico. De allí surgieron *La crítica en la Edad Ateniense* y *La antigua retórica*; mas precisaba formar un cuadro sumario de la siguiente etapa, la Edad Alejandrina. Así, sencillamente, nació como parte de la visión total una de las mejores introducciones al pensamiento griego. Partiendo de los méritos que acuden a todos sus trabajos (estilo dúctil y perfecto, arquitectura armónica, severa documentación), Reyes forma un compendio que abarca de la helenización del mundo antiguo (gracias al mestizaje étnico y espiritual que provocó al expansión de Grecia) al Neoplatonismo, representado por Plotino (cuya teoría de las Tres hipóstasis —lo uno, la inteligencia y el alma— anticipa la Santísima Trinidad). Antes, nos ha descrito las sectas, deteniéndose en los Estoicos— centro de gravedad de la filosofía post-aristotélica — los Epicúreos y el Helenismo judío representado por Filón Hebreo. El primer maestro mexicano no permite flaquezas a la obra. Es este el cuarto libro que ha publicado durante 1959. Pero todavía hay quienes rehusan la adhesión total que su labor reclama. Se aprecia más a Reyes en el extranjero que en su propio país. Aquí no faltan reproches a libros como éste, ignorando la evidencia de que Grecia configura culturalmente nuestro universo; ignorando, asimismo, que la raíz de Reyes está profunda, inconsciente e involuntaria en su ser mexicano.

J. E. P.

RAMÓN XIRAU, *El péndulo y la espiral*. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 4. Universidad Veracruzana. Xalapa, 1959, 146 pp.

XIRAU HA DIVIDIDO su vocación entre filosofía y literatura. Si le debemos *Tres poetas de la soledad* y un gran número de crónicas y ensayos alrededor de muchos textos y pretextos, *El péndulo y la espiral* es ya su tercer libro conducido a estudiar el pensamiento filosófico. Con claridad y rigor, analiza varias filosofías de la historia; busca un movimiento espiral que anule los sistemas gravados por monotonías y repeticiones. Según Xirau, la realización histórica del marxismo propició un aspecto idealista, pero también

una *escolástica de la totalidad* que, encerrada en un pseudocientificismo pendular, ahoga las esperanzas de ascensión, prerrogativas del espíritu. Comte funda la sociología en métodos tan positivos como los empleados por las ciencias de la materia. Para él, los hombres y las estructuras sociales no sufren variaciones. El péndulo positivista se convierte en una flecha eleática, de ida y vuelta; lo que conduce a una deshumanización científica del hombre. En la *Decadencia de Occidente* las civilizaciones son organismos biológicos que nacen, crecen, maduran y mueren. Aunque Spengler coincide con Marx y Comte en todo lo que niega (el cristianismo, la existencia de Dios, la verdad de los principios espirituales), su idea central es la de un fin irremediable. Contrariamente, Henri Bergson ofrece en *Las dos fuentes* una moral rebelde sustentada en principios religiosos. Conforma su filosofía de la historia al crear una filosofía del espíritu; nos promete una vida más alta cuando sepamos que el hombre es una libertad de entendimiento venida al mundo para llegar a conocer a Dios. El mejor ensayo de este libro es *Ambigüedades del siglo xx*. El mundo que hemos creado transcurre sobre dudas y posibles caminos. La inquietud que guía al hombre contemporáneo es evidente en su protesta (Unamuno, Ortega, Camus, Moulhier) y en sus predicciones de mundos probables y, tal vez, inminentes (Huxley, Orwell, Capeck). Concluye Ramón Xirau con unas páginas acerca de la verdad (forma de conocimiento y forma del ser; ambas una misma esencia: medio y fin). Cierra sus reflexiones afirmando que la historia es un constante progreso al encuentro del espíritu, un movimiento espiral hacia el gozo, la esperanza y la fe, sin excluir la melancolía, la desesperanza y la duda. Se aprueben o discutan las ideas de Xirau, no se podrá negar que su libro es fruto de una honesta inteligencia, expresada en un estilo diáfano y seguro.

J. E. P.

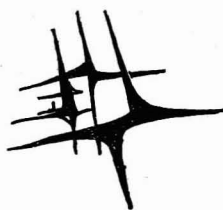


MARGARET JUST BUCHER, *El negro en la cultura norteamericana*. Editorial Letras, S. A. México, 1959, 310 pp.

SON LOS MANUSCRITOS que heredó de Alain Locke, M. J. Bucher organiza este ensayo histórico que denuncia el sitio del negro en la sociedad de su país y reseña sus contribuciones a la música, el baile, el folklore, la poesía, el teatro y la novela que se elaboran en Norteamérica. El libro es necesario para quienes justifican la intolerancia, o creen al negro atareado en los oficios ínfimos, apto únicamente para el ocio, el jazz, el beisbol y el boxeo. Una lista de norteamericanos distinguidos no podría excluir a muchos negros que en el arte, la investigación científica, los espectáculos o la industria han contribuido al desarrollo nacional. Los escritores, por su parte, han comprendido a los hombres de esta raza (creadores, ellos mismos, de una excelente literatura). A las novelas de Faulkner, Wolfe, Caldwell y Wright, podría sumarse lo que Sartre ha dicho acerca de

esta gran familia humana. La lectura del libro hace incomprensible la actitud paleolítica asumida por los Estados del Sur (con el oprobioso Ku-Klux-Klan y su arquetipo: Orval Faubus) que olvidando la guerra de Secesión y las ideas de Lincoln, emprenden contra el negro una persecución sistemática (física y moral) a base de linchamientos e incesantes actos de violencia; actitud más cerca de la paranoia que de la crueldad deliberada. El interés prevalece en cada página. Locke y Bucher hacen sentir, amar, compadecer al negro. Pero su trabajo yace bajo una traducción que repudia las reglas más elementales de ese oficio.

J. E. P.



JAIME TORRES BODET, *Balzac*. Breviario, 149. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 235 pp.

LA PRIMERA PARTE —la biografía— es la más breve; pero está realizada con suficiente impulso lírico para hacernos comprender la grandeza de Balzac, el hombre. Destaca los principales rasgos psicológicos del biografiado, sin caer en el psicologismo. Con un estilo preciso, por un lado, y con una sólida documentación, por el otro, Torres Bodet logra su propósito: trazar un retrato del novelista francés. Prescinde de los detalles que más que aclarar oscurecerían, pero no le falta nada esencial.

Vida y obra de Balzac están en estrecha correlación. La primera ilumina a la segunda. Las pasiones que movieron al escritor son las mismas que después animaron a sus personajes. De la vida íntima de Balzac pasamos al examen de sus criaturas, tan numerosas que compiten con el registro civil. Pero la amplitud de la empresa no obstaculiza el éxito de este ensayo. Recoge y analiza las principales características de sus novelas, a partir de la premisa siguiente: el término "realista" es bastante estrecho para definirlos, pues el talento de su creador era demasiado grande para avenirse a marbetes. Balzac además de observador de la realidad era un visionario. Empleaba métodos científicos pero con sensibilidad de artista. Y a pesar de sus excesos estilísticos, la importancia de su obra es indiscutible.

C. V.

Las artes populares en el Estado de México. Instituto Nacional Indigenista. México, 1959, 11 pp. + 1 mapa.

UN BIEN presentado folleto que llena su cometido: dar a conocer los problemas de los artesanos indígenas. Las bellas formas de los productos típicos que admiran los turistas, para los artesanos significan, además de una expresión artística, una ayuda para resolver sus difíciles problemas económicos; pero una política económica adversa obstaculiza a las artes populares, y su calidad degenera a causa de una falsa prosperidad que aprovecha más bien a los comerciantes urbanos.

El mapa adjunto localiza los centros de producción, y especifica las diversas clases de objetos que se fabrican en cada uno.

En este como en otros problemas que afectan a los indígenas, la ignorancia del público hacia ellos dificulta en gran parte su resolución. Darlos a conocer en forma clara y objetiva es una labor plausible.

C. V.

CHILDE, V. GORDON, *Reconstruyendo el pasado*. Problemas científicos y filosóficos, 12. UNAM. México, 1958.

BUENA LA TRADUCCIÓN de M^a Teresa Rabiela de Rojas. El neófito de la arqueología (que no sólo es el arte de "hallarse" huesos y tepalcates para venderlos —como creemos aquí—) podrá, al gozar de este libro, enterarse de la connotación científica-humanista que enaltece la profesión de identificar, recuperar, registrar y conservar los hechos históricos no escritos ni referidos ni "adivinales". (Dice Childe: "Si [algunos de nuestros historiadores] pudieran ser persuadidos de adoptar las técnicas y categorías elaboradas para la prehistoria, muchos problemas de la historia serían resueltos".)

Childe concibe al arqueólogo-historiador que haga posible recapturar, en los "fósiles del comportamiento humano", los pensamientos que expresan los hechos de costumbre y de conducta de las sociedades desaparecidas. Ésa la razón de ser de ansiosas recolecciones, mediciones, clasificaciones, etc., "de pedacitos de objetos viejos o de agujeros en la tierra". Es decir: arqueología como indicadora de la mentalidad de quienes no dejaron más historia que leves huellas de propósitos y necesidades comunes. De ningún modo arqueología como *objet d'art* ("el arqueólogo no debe competir con los críticos de arte") y sí como historia de patrones de comportamiento típicos, desfronación de "algo" de las sociedades extinguidas ("así como la carne, la sangre y los tendones no se fosilizan, una gran parte del comportamiento humano se pierde irreparablemente para el registro arqueológico"), descubrimiento de las contribuciones a la tradición cultural mancomunada que heredamos. Arqueología, pues, como "híbrida frontera" entre ciencias y humanidades...

Después de hablarnos de la historia de la arqueología —su cuándo, su cómo, su quién— termina especulando sobre el *para qué sirve*: destilar el panorama histórico "diez mil veces más amplio que el que se refleja en los registros escritos y al mismo tiempo desprovisto de 'accidentes' ajenos y desfiguraciones temporales". No mera reflexión de datos sino su reconstrucción; no más evolución spenceriana —unidireccional— de culturas paralelas; no más dogmas difusionistas —evolución de sociedad por etapas consecutivas enfocadas sincrónicamente—; sino más bien: enfoque diacrónico —divergencias, si bien, a las veces, convergentes. "Como historiador, al arqueólogo se le pide que dé vida a los pensamientos e ideas del actor prehistórico... [si tomamos en cuenta que] la función de la razón no es la contemplación sino la acción." Dice Childe; pero, ¿qué dirá el filósofo de la historia, o qué diría el de la prehistoria si pudiera darse? Termina: "Sus 'motivos' tanto como sus emociones [los del hombre prehistórico] se han perdido para siempre, [y añade algo que nos duele:] precisamente porque fueron ilusiones. ¿Acaso importa?"

H.B.